

INTRODUCCIÓN

“Amar y desaparecer : he ahí cosas aparejadas desde la eternidad. Querer amar es también estar pronto a la muerte”. Con estas palabras del filósofo alemán Federico Nietzsche, María Carolina Geel dio inicio a la primera novela que publicara en el año 1946 llamada “El Mundo dormido de Yenia”.

Esta frase abre a la luz pública su obra editada, quizás de alguna manera presagiando el aciago instante que cambiaría su vida para siempre o tan sólo constatando su definición trágica del amor en que necesariamente lo eterno es imposible, por lo tanto siempre existe el riesgo o la posibilidad de que este se extinga, desaparezca o muera.

En las siguientes páginas intentaré reconstruir parte de la vida de una mujer, que aunque poco conocida en el medio literario nacional, dejó huella en las letras femeninas imponiendo un sutil estilo de novela psicológica en que las descripciones realistas y costumbristas pasan a segundo plano, dejando como protagonista principal de sus temáticas el intento de desnudar el alma humana, siguiendo íntimamente el intrincado camino que los seres humanos eligen para desarrollar sus historias de vida. Como eje central de mi memoria está el asesinato que perpetró la escritora a un hombre en un conocido hotel capitalino de los años ‘50, por que al hecho se le ha conocido como “El Crimen del Crillón”. Se buscará atar cabos de las causas y consecuencias de este suceso y rearmar aquel período de su vida mediante los diarios de la época y testimonios de gente que de alguna manera la conoció o fue contemporáneo a la escritora.

LOS PRIMEROS AÑOS DE GEORGINA

Nacida en Santiago el 18 de agosto del año 1910, María Carolina Geel no era su nombre verdadero, sino que el seudónimo que utilizó Georgina Elena Silva Jiménez en todos sus libros, y por lo que cuentan, así se hacía llamar también en los círculos literarios que en su época frecuentaba, es más, nadie -salvo familiares cercanos- la llamaba Georgina.

Proveniente de una familia de clase media acomodada compuesta por seis hijos, el menor de los cuales fue María Carolina. Su padre falleció cuando ella tenía sólo un año de edad. Con la muerte del progenitor cambió la situación de la familia y ella junto a sus hermanos hubo de sufrir los efectos de la pobreza.

La madre al quedar sola, afrontó una difícil situación económica, pero logró salir adelante y pudo educar a todos sus hijos. Desde ese momento sintió gran admiración por su madre, poseedora de un señorío y distinción que resaltaban en medio de una ardua lucha por mantener y educar a sus hijos. De su figura materna la escritora dejó el siguiente pensamiento estampado en la primera página de su libro ‘Soñaba y amaba el adolescente Perces’ a manera de dedicatoria: “A aquella gran dama y madre nobilísima”, expresando claramente el aprecio que le tenía a la mujer que la dio a luz.

Los estudios de la niña alcanzan sólo el primer ciclo de Humanidades, realizados en forma irregular en distintos establecimientos particulares. “María Carolina estuvo en varios colegios, y durante un tiempo estudió con una profesora, a quien su madre retribuía, haciéndole clases de

piano”¹. Posteriormente, cuando tenía 13 años, sus inquietudes e intereses artísticos la conducen a la Escuela de Bellas Artes, donde se proponía seguir Escultura y Dibujo en forma sistemática, pero tampoco dio fin a estos estudios, pues contrajo matrimonio en 1926, cuando sólo tenía 15 años de edad.

Lo que si queda claro, es que desde muy niña adquirió el hábito de la lectura -el que conservaría de adulta y que la convertiría en una mujer muy culta-, leyendo con avidez cuanto libro llegara a sus manos. Sus lecturas fueron disímiles y un tanto desordenadas, no estructuradas dentro de un sistema institucional de estudios sino que por interés personal los iba eligiendo ella misma, por esto le era difícil precisar qué libros tuvieron influencia sobre ella en la primera época de su existencia.

En una entrevista que concedió de manera exclusiva en el año ‘56 a la revista femenina ‘Eva’ relató: “Cuando tenía 13 ó 14 años, leí ‘Gil Blas de Santillana’, y poco después, ‘El Quijote de la Mancha’, que me impresionaron grandemente. Ambos libros los he releído después, y, como es natural, tuvieron para mí un significado diferente. Más tarde fueron autores como Dostoyevski, españoles de comienzos de siglo, Proust, André Gide, Rilke y varios más. Sin embargo, no me es fácil determinar, porque he leído demasiado”².

¹ Marielisa Otero, “Charla en voz baja con María Carolina Geel”, Revista Eva, Santiago de Chile, año XV, n° 605, 19 de octubre de 1956, pág. 29.

² Marielisa Otero, “Charla en voz baja con María Carolina Geel”, Revista Eva, Santiago de Chile, año XV, n° 605, 19 de octubre de 1956, pág. 29.

CASADA Y SEPARADA

Su primer esposo con el que se casó cuando recién despertaba a la adolescencia, fue Pedro Echeverría Muñoz, un funcionario de investigaciones que ejercía en un juzgado de la capital. De este primer matrimonio nació un hijo, seis años después de haberse casado con Pedro. Según la partida de nacimiento, su hijo, Sergio Alejandro Echeverría Silva, nació en San Vicente de Tagua-tagua el 4 de abril de 1932.

Según el escritor y conocedor de un amplio período de la literatura chilena de este siglo, Luis Merino Reyes, amigo del primer esposo de María Carolina, “Echeverría Muñoz era un hombre muy extraño, un hombre naturista, idealista, un hombre que creía fervientemente en una serie de cosas y al hijo lo educó como un obrero, ese niño existe, es decir debe ser un hombre ya. El debe estar en México, Echeverría lo formó en México”³. Entre María Carolina y Pedro existía una diferencia muy grande de edad, cuando se casaron él ya era un hombre hecho y derecho, un funcionario judicial preocupado de sus deberes y ella aún no llegaba a las dos décadas de vida.

La incipiente escritora pasaba todo el día enfrascada en sus libros dejando de lado su relación de pareja y los deberes maritales, muy presente en las mujeres de la época que mantenían a sus esposos a toda costa con tal de no quedar solas. A ella eso no le importaba.

³ Entrevista con Luis Merino Reyes, 20 de julio de 1999.

“Lo que me contaba a mí Echeverría es que escribía, escribía, escribía, pasaba encerrada escribiendo cuando estaban casados. Esa es la impresión que tenía su esposo de ella, que se la pasaba escribiendo, tenía un mundo cerrado en los libros”⁴, señaló Merino Reyes.

Georgina era una escritora genuina, auténtica, de esa que empiezan de muy chiquitas a escribir, que lo llevan en la sangre, una persona muy literata y su primer marido no era un escritor ni tampoco estaba cercano al mundo de la literatura, lo que hizo difícil la relación y la avenencia entre la pareja. “Pedro no era escritor y era un lector más o menos no más y casado con una escritora pasional, desgarradora, verdadera, porque la Carolina sí que lo era”⁵.

Luego de algunos años de convivencia conyugal, esta diferencia radical e incompatible en sus caracteres y la abismante desigualdad en sus intereses cotidianos los llevó a separarse. A pesar de no saber el número exacto de años que duró el vínculo matrimonial, Merino Reyes señala que no debe de haber sido tan corto pues tuvieron un hijo y además “este Echeverría no era un hombre que hacía las cosas así de repente, así que tiene que haberse separado por alguna cosa muy complicada, quizás dada la misma diferencia de edad que había, quién sabe, esas pueden llegar a ser cosas incompatibles”⁶.

⁴ Entrevista con Luis Merino Reyes, 20 de julio de 1999.

⁵ Entrevista con Luis Merino Reyes, 20 de julio de 1999.

⁶ Entrevista con Luis Merino Reyes, 20 de julio de 1999.

COMIENZA SU VIDA INDEPENDIENTE

Luego de su primer fracaso matrimonial, buscando su independencia económica, ingresa como secretaria taquígrafa en el Consejo de la Caja de Empleados Públicos y Periodistas, puesto que desempeñó con eficiencia durante nueve años consecutivos, hasta 1952.

Se casó nuevamente con otro hombre, un médico llamado René Cárdenas, del cual poco se conoce, y se volvió a divorciar, tampoco se sabe con exactitud el por qué, todo queda en el campo de la especulación y el misterio. Se presume que la relación amorosa más estable que tuvo a través de su vida fue la que sostuvo con su propio hijo.

Siendo una mujer de clase media, Georgina Silva pasaba sus días sin mayores sobresaltos sin sospechar aún el vuelco rotundo que tomaría su vida, nada hacía presagiar para ella un destino fuera de lo común. “No pertenecía a la clase alta de nuestra sociedad, es más bien una mujer del medio intelectual y literario, pero tiene un trato distinguido y vastas relaciones”⁷.

No obstante su apacible y normal vida, siempre pareció haber en su fuero interno una fuerza especial, que la revelaba ante los pocos que tuvieron la fortuna de conocerla bien, como una pieza única, de raro y a veces incomprensible atractivo.

Siempre esquiva e huidiza con las personas, fue una mujer retraída, a la vez que dependiente de la estimación ajena y ejerció sobre su reducido

⁷ Las Noticias de ULTIMA HORA, Santiago de Chile, año XII, viernes 15 de abril de 1955, pág. 7.

círculo de amistades una rigurosa y en ocasiones implacable selectividad. “Era una persona difícil, salvo con unas pocas personas con las cuales estaba dispuesta a hacer buenas migas por razones culturales, intelectuales y humanas, pero eran muy pocas personas”⁸.

En esta época en que ejercía su puesto en la Caja de EE.PP. y PP. y vivía en un departamento en Providencia, “en la calle Las Palmas 2212, departamento 24”⁹, empezó a escribir, convencida de que se había hallado a sí misma y que definitivamente en esta tarea se realizaría plenamente.

⁸ Entrevista con Armando Uribe Arce, viernes 17 de septiembre de 1999.

⁹ Revista Vea, Santiago de Chile, n° 836, 20 de abril de 1955, páginas centrales

LOS PRIMEROS LIBROS DE MARÍA CAROLINA GEEL

Como ya se dijo anterioremente María Carolina desde muy temprana edad demostró ser una lectora infatigable, ante todo de ficción literaria, aunque leía sobre otras cosas, siempre la literatura estaba por sobre todas sus otras posibles preferencias. “En general, no leo obras especializadas, para las que se requiere cierta formación previa; mi inclinación es, decididamente, por la literatura, y me gustan, también, los ensayos”¹⁰, señaló ella misma una vez en una entrevista.

Además de leer, escribía, y su primera obra literaria fue la novela “El mundo dormido de Yenia”, publicada por la editorial Cultura en el año 1946, donde desde el primer momento se notó su clara atmósfera onírica en la que los personajes más que moverse a través de una historia, se deslizaban entre medio de sus pensamientos, angustias y reflexiones.

Más que descriptiva-realista, como se acostumbraba mucho en aquella época en la literatura nacional, la manera de escribir de la Geel era psicológica y muy sutil, se podría decir que casi en el contorno de las cosas. Los autores Montes y Orlandi destacan su presencia en nuestra literatura por ser un caso interesentante en el medio chileno, por su originalidad, “posee gracia e inteligencia para expresar sutilezas anímicas, luchas espirituales que acompañan no a las decisiones trascendentales,

¹⁰ Marielisa Otero, “Charla en voz baja con María Carolina Geel”, *Revista Eva*, Santiago de Chile, año XV, n° 605, 19 de octubre de 1956, pág. 29.

sino a las cotidianas y vulgares. Son fluctuaciones rapidísimas del espíritu, tan inestables y difusas que suelen aparecer como inconexas y desorientadoras incluso para el mismo que las experimenta. Por esta causa, las obras de Carolina Geel, más cerebrales que sensibles, dan a veces la impresión de inconsistencia psíquica¹¹”.

Este primer libro no escapa a esta definición, aunque aún su estilo se dibujaba de manera incipiente puesto que era la primera vez que hilvanaba su talento con la pluma en una historia de ficción.

En el texto de “El mundo dormido de Yenia”, escrito en primera persona - como la mayoría de los libros de María Carolina- se relata la historia de una muchacha llamada Yenia que comienza a sentir los primeros síntomas del despertar sexual y erótico. Esto se ve retratado en los sentimientos que tiene por dos jóvenes: Alejandro, su primo al que ama desde pequeña y un amigo de éste, Hans, al que desea. El alma de la protagonista se nos va desnudando lentamente tanto en su complejidad y como en sus limitaciones.

Yenia ama a los dos muchachos, aunque durante toda la historia persiste un leve matiz perceptible entre los sentimientos que le despiertan cada uno de ellos. Al final es la muchacha quien define esta problemática psicológica: le gustaría entregarse al uno (Alejandro) y ser poseída por el otro (Hans). De esta manera la autora comienza su incipiente e interesantísimo camino al real escudriñamiento del alma femenina.

Sobre “El mundo dormido de Yenia” y su forma de escribir, el crítico literario Eleazar Huerta, opina: “Yo diría de ella que es un edificio moderno, de líneas elegantes, dotado de todos los refinamientos que exige la vida actual, en que nada faltara y, por añadidura, todo estuviese

¹¹ Hugo Montes y Julio Orlandi, “Historia y Antología de la Literatura Chilena”, Santiago de Chile, Editorial Zig-zag, Octava edición.

estilizado o discretamente oculto. No nos llega el ruido de la calle; el ambiente cerrado que la verdadera novela debe dar, está aquí. No hay miedo de que la obra se derrumbe; la observación es de la mejor calidad y el plan, impecable. Sin embargo, este edificio sufre algo minúsculo, podríamos decir una gotera. Y eso basta para romper su encanto, y nos irrita doblemente, porque es poco, casi nada. Cuantitativamente, podemos hacer como si lo ignoráramos, pero en sus efectos, es imposible”¹².

Casi la mayoría de la producción literaria que tuvo esta autora giró en torno a de la vida erótica de sus personajes. Elemento audaz para la época y expuesto además con sutil desenfado por María Carolina, mujer y escritora, lo que para esos tiempos ya era de por sí una audacia en Santiago de Chile. “El tema tan cuidadosamente trabajado por la escritora, es la vida de Eros, es decir, el mundo de la relación amorosa, particularmente entre hombres y mujeres. Pero ese Eros tiene en el caso de ella la singularidad de que está examinado desde el punto de vista de una mujer chilena en la primera mitad del siglo veinte”¹³.

En la novela recién descrita estudia el Eros en una adolescente y en su segunda publicación “Extraño estío” (1947) se adentra en el mundo erótico de una mujer adulta. Aquí se relata el “estío” - como una metáfora de la madurez- de una mujer sin nombre, separada, que va experimentando sus ansias y deseos desde la playa, lugar en que vive junto a su hijo.

A través del relato, se va develando su dubitativo mundo interior, a la vez que su ínfima relación con el resto de las personas. Esta fémica busca casi con desesperación a un hombre que la lleva a escribir mediante un impulso casi mágico en la arena de la playa, en el polvo de la superficie de un

¹² Eleazar Huerta, Crítica de Libros del diario “Las Últimas Noticias”, Santiago, sábado 29 de junio de 1946.

¹³ Mario Espinoza, “Cuatro imágenes de Eros en María Carolina Geel”, Revista Eva, Santiago de Chile, año XV, n° 605, 19 de octubre de 1956, pág. 31.

mueble, etc.: la letra S, como si ella representara la inicial del hombre de sus sueños, de su futuro, como si esta letra fuera la esperanza de salvación de su existencia.

Sin embargo, cuando lo conoce, éste no tiene la más mínima reacción de interés hacia la mujer, entonces ella ya no posee razón ni pretexto alguno para recogerse en sí misma. De ahí en adelante sólo le interesa el hijo, y fuera de él, la soledad y la libertad.

Sugestión, ensueño, casi sonambulismo es lo que se encuentra en este texto de María Carolina Geel. Ante todo el estilo caracteriza a la obra, aquí no hay una historia clásica, con principio y fin. “Las novelas de la Geel son estetizantes y estáticas, porque no conducen a ninguna parte. Son retratos y no historias con principio y fin. El principio y fin ya lo sabemos: del yo al tú, de un sexo al otro, del narcisismo o el egocentrismo al amor físico”¹⁴.

Describe los sentimientos desde su ser femenino y cada vez se va sintiendo mayormente la presencia autobiográfica en sus personajes, como en el de la mujer de “Extraño estío”, donde ella va analizando y descuartizando la existencia de la protagonista, desgarrándose a cada frase como si fuera su propia vida y asumiendo todo el dolor que esto implica.

“Morir... he ahí lo que en todo instante exaltaba el impulso de ir viviendo”¹⁵, decía en un momento el personaje central de esta novela.

Su tercer libro, el mejor para sus apologistas, -aunque este tema es bastante subjetivo, como en todo lo que implique gustos- es “Soñaba y amaba el adolescente Perces” (1949) donde se reflejó un decantamiento de la utilización del lenguaje y una notable evolución de su estilo en la

¹⁴ Mario Espinoza, “Cuatro imágenes de Eros en María Carolina Geel”, Revista Eva, Santiago de Chile,

año XV, n° 605, 19 de octubre de 1956, pág.31.

¹⁵ María Carolina Geel, “Extraño estío”, Santiago de Chile, 1947, Colección Laja -Talleres gráficos Cultura, pág.27.

escritura. “Le puso sordina al lenguaje”¹⁶ dijo describiendo su progreso, el famoso crítico literario y amigo de la escritora, Hernán Díaz Arrieta, *Alone*.

Lo interesante del libro es que la autora muestra la visión de una mujer desde el prisma de un hombre, como se verá más adelante en otro de sus libros. Se trata de un joven de 18 años que recién comienza su despertar sexual, y tiene sus primeras aventuras eróticas con una tía que vive con él. De las cuatro tías con las que el muchacho convive comienza a notar en esta, la tía Violeta, las características sensuales y atrayentes de la mujer: redondez en las caderas, cintura y movimientos gráciles y sutiles.

“Esta obra no es, simplemente, la historia anecdótica del encuentro de un muchacho con el amor -lo que parece ser y entre otras cosas es-, sino también una verdadera y completa alegoría acerca del nacimiento y despertar del Eros en sí mismo”¹⁷.

La escritora aquí, describe muy bien ese sentimiento de enorme timidez del adolescente hombre frente a una mujer. Esa convulsión, esa ansia, apremio y vehemencia frente al sexo femenino, que en vez de expresarlo, lo guarda en lo más profundo de su ser. No lo vive, sino que lo reprime hasta que toda esa energía es lanzada como lava ardiente de un volcán cuando tiene su primera incursión sexual.

Sobre el tema, *Alone* destaca la notable manera de describir esta experiencia por María Carolina, “El sexo actúa, seguramente, en todo el curso de la historia y constituye su ‘leit motif’; no podía ser de otro modo, dada la edad del personaje; pero Carolina lo hace calladamente, sin sus

¹⁶ *Alone* (Hernán Díaz Arrieta), “El Mercurio”, 1949.

¹⁷ Mario Espinoza, “Cuatro imágenes de Eros en María Carolina Geel”, Revista Eva, Santiago de Chile, año XV, n° 605, 19 de octubre de 1956, pág.43.

habituales gritos ni sus escándalos. No lo aborda de frente, lo transfigura y aplaca, lo da por supuesto y le imprime un colorido extraño, alucinante”¹⁸.

Completando su quehacer como escritora, María Carolina quiso agregar a su faceta de narradora, la de cronista y crítica literaria. De esta manera, en diciembre de 1949 publicó el ensayo “Siete escritoras chilenas” de la editorial Rapa-nui. En el texto, realizó una breve reseña biográfica y algunos alcances sobre la correspondiente literatura de las siete mujeres que a su juicio, eran las más destacables del país, estas son: la poetisa Gabriela Mistral -la que más tarde sería fundamental en el transcurso de su vida-, la cuentista y novelista María Luisa Bombal, Marta Brunet, la educadora y defensora de los derechos femeninos Amanda Labarca, María Monvel, Chela Reyes y Luz de Viana.

¿Por qué siete, ni más ni menos?, nadie sabe. El crítico Eleazar Huerta se responde a esta misma interrogante diciendo que lo de elegir siete fue “por un simple capricho que bordea el misterio, pues ya al escribir sobre Gabriela Mistral -la primera de sus biografiadas- observa que nació en día siete, número cabalístico y consagrado por los augures”¹⁹.

Según Huerta, este ensayo “responde a un propósito simpático: demostrar con hechos la valía de la mujer chilena”²⁰, lo cual sin caer en reivindicaciones feministas -las que no fueron muy comunes en ella- intenta tan sólo poner en el lugar que se merecen a las escritoras chilenas, que más allá del sexo se les reconozca su calidad literaria y, en algunos casos, humanitaria.

También, en esta prolífica época, ejerció el oficio de comentar y criticar libros - él que continuaría hasta muy avanza en edad- en las revistas

¹⁸ Alone (Hernán Díaz Arrieta), Crónica literaria de “El Mercurio”, Santiago de Chile, Domingo 4 de noviembre de 1956.

¹⁹ Eleazar Huerta, Crítica de libros del diario “Las Últimas Noticias”, Santiago, 12 de mayo de 1951

²⁰ Eleazar Huerta, Crítica de libros del diario “Las Últimas Noticias”, Santiago, 12 de mayo de 1951.

“Occidente” y “Atenea”, entre otras, además de en los más importantes periódicos de entonces, como “El Mercurio”, “La Segunda” y “La Nación”.

En medio de aquella contundente actividad literaria, M.C. Geel conoce a un compañero de la Caja de Empleados Públicos y Periodistas, Roberto Pumarino, con quien simpatiza, y con el que más tarde viviría el episodio más trágico de su existencia y que definitivamente marcaría su vida irrevocablemente en un antes y un después perfectamente identificables.

¿QUIÉN ERA MARÍA CAROLINA GEEL ?

Quizás la mejor manera de conocer a esta mujer sea a través de sus novelas, porque a medida que uno conoce algunos episodios de su vida, se va dando cuenta que en cada personaje de sus libros, hay algo de ella.

Muy pocos la conocieron de verdad, ya que todos los que aún viven y estuvieron de alguna manera con María Carolina, concuerdan en que era una persona solitaria, introvertida, de mirada huidiza, pero que cuando estaba en confianza y a gusto con sus verdaderos amigos, tornábase alegre y conversadora.

También se sabe que era una mujer muy culta, erudita en literatura, perteneciente a una extraña especie -hoy en extinción- de seres humanos que de manera autodidacta fueron aprendiendo a través de una disciplinada y heterogénea lectura y una genuina curiosidad por aprender y discutir. Al parecer nunca estudió sistemáticamente en la universidad alguna carrera profesional o algún grado académico, sino que por un autónomo interés fue acercándose a las áreas de su preferencia.

En la opinión de Armando Uribe ella fue una genuina autodidacta, “ yo pienso que la cultura que tenía ella se la formó por su propia cuenta, en forma completamente autodidacta, como en general ocurre si usted toma en cuenta algunos de los más grandes escritores chilenos , como es el caso de Hernan Díaz Arrieta que no terminó ni siquiera las humanidades, se la estoy comparando con él, porque hay demasiados casos así aquí en Chile, en que no se trata de haber pasado por universidades y haber estudiado literatura para ser culto, en general es al revés”²¹.

Por su personalidad retraída no fue una intelectual muy de generaciones o asidua a círculos literarios, pero fue muy cercana al grupo que realizó y publicó durante muchos años la recordada revista cultural “Babel”. José Santos Gonzáles Vera, Manuel Rojas, Enrique Espinoza, Ernesto Montenegro, Mauricio Amster, Marta Vergara, fueron algunos de los grandes intelectuales chilenos que participaron en esta publicación y que María Carolina conoció e incluso con algunos, como Enrique Espinoza (cuyo nombre verdadero era Samuel Glufberg), llegó a forjar un fuerte vínculo de amistad.

Como ya he dicho en varias ocasiones, fue una exhaustiva lectora, además de crítica literaria y gustaba mucho de conversar sobre lo que siempre la apasionó: la literatura.

El abogado y poeta chileno Armando Uribe Arce, la conoció a través de una carta que ella le envió a propósito de una publicación de él, y se juntaron a conversar sobre el texto. “Me mandó una carta donde decía que le gustaría conversar conmigo, no estoy muy seguro de si fue un libro o una publicación, me parece, si mal no recuerdo, puede haber sido más bien por un artículo que yo publiqué sobre Lampeluz, el autor de “El Gatopardo”, entonces me dijo que quería que nos vieramos para

²¹ Entrevista con Armando Uribe Arce, viernes 17 de septiembre de 1999.

conversar, me dió un teléfono, la llamé y me dijo que si podía yo ir a verla a un departamentito bastante sórdido que quedaba al lado de un hotel, a dos o tres cuadras de la Estación Central. Llegué a ese lugar, en un tercer piso, daba a la Alameda, quedaba en una esquina, tal vez el mismo edificio de pequeños departamentos tenía algunos pisos que eran un hotel porque me acuerdo de un letrero de esos con neón, luminosos”²², señaló detalladamente.

Luego, continuó relatando el connotado poeta Uribe, que para ese encuentro era un joven que recién se empinaba por los veintitantos años de edad. “Bueno, me encuentro en ese departamentito al que recién se había cambiado, y había una pieza no muy grande, que daba a la esquina, incluso recuerdo que tenía unas ventanas curvas, no había nada en la pieza salvo un sillón y una silla y dos o tres cajas de madera en el suelo, como para transportar cosas, llenas tal vez de libros. No había cortinas ni alfombra, nada, ni pinturas ni cuadros ni fotografías, nada. Entonces empezó a hablar, demostrando dos o tres cosas que son particulares aquí, no sólo de una mujer escritora sino que en cualquier persona, mostrando gran curiosidad intelectual y mostrando también lecturas nada habituales, no sólo de grandes escritores del siglo pasado por ejemplo como Stendhal o Flaubert, sino que conocimientos de otros escritores de otras lenguas, no sólo castellanos, también de los siglos XVII y XVIII. Además, sorprendían sus observaciones muy sutiles a propósito de cosas literarias, sobre autores de lengua francesa o inglesa, pero también de países escandinavos como la Selma Lagerlöf que fue premio Nobel, la danesa Karen Bricksen, también me habló de un escritor checoslovaco que

²² Entrevista con Armando Uribe Arce, viernes 17 de septiembre de 1999.

escribió un libro llamado “El Golem” y se llama Gustav Meyrink, todos autores no muy conocidos en Chile”²³.

Quizás por este mismo interés intelectual tan elevado o por su personalidad un tanto huraña, la Geel se alejaba de los círculos sociales ruidosos, de las fiestas y del ajetreo ciudadano. Uribe evoca el pasado, “no era de ninguna manera persona de fiestas ni de comidas tampoco, tenía cierta resistencia. Recuerdo incluso que para ir a un café donde se juntaba esa gente de ‘Babel’ -la vez que la ví yo ahí- yo notaba que ella se sentía como incómoda por estar alrededor de una mesa en donde habían unas ocho personas, se sentía relativamente incómoda”²⁴.

Georgina Silva, siempre conocida por su seudónimo de María Carolina Geel, debido a haber practicado el patinaje en su infancia, en su primera juventud se hizo notar por un cuerpo esbelto y bien plantado, a pesar de ser de estatura baja.

De joven era buenamoza, atractiva, morena y bien cuidada. Tenía las facciones menudas, una cara ovalada, la frente amplia y los ojos separados bajo unas cejas muy bien formadas. Su piel era de un tono muy pálido, de pelo castaño-regular, no muy negro pero más bien oscuro, ondulado, en algunos de sus retratos se le ve siempre con un poco de chasquilla; “era de un tipo muy chileno, muy criollo, con las piernas muy torneadas”²⁵.

Según la descripción que hizo de ella, la escritora Matilde Ladrón de Guevara, que también la conoció, “Carolina Geel no era una mujer que llamara la atención, como quien te dice algo neutro, sin ninguna distinción de estatura, de color, hermosura o fealdad, era una mujer corriente aunque bastante armoniosa en general, pero no llamaba la atención como te digo

²³ Entrevista con Armando Uribe Arce, viernes 17 de septiembre de 1999.

²⁴ Entrevista con Armando Uribe Arce, viernes 17 de septiembre de 1999.

²⁵ Entrevista con Armando Uribe Arce, viernes 17 de septiembre de 1999.

ni por fea ni por bonita sino que era alguien agradable, una cara como simpática”²⁶.

Solía estar rodeada de pretendientes ya que era una mujer muy interesante que debe haber tenido un poder atractivo para muchos hombres por su encanto personal y por su sólida y siempre culta conversación. La poetisa Stella Díaz Varín que la conoció muy de cerca y fue una de sus pocas amigas, señaló: “ella tenía algo muy atrayente con los hombres porque recuerdo una vez que fue a tomar once a mi casa y nos sentamos en la mesa con mi marido y la Georgina. Desde que ella comenzó a hablar mi esposo sólo tuvo ojos para ella, yo no existí más”²⁷.

Ya entrado los años en ella, se puso más gordita, pero siempre bien cuidada y bien maquillada, tenía como un aspecto juvenil permanente que hacía indefinible se verdadera edad. “Se sentaba como si fuera un pequeño pájaro y producía la sensación como si se descascarara un poco físicamente. No es que se le cayera la pintura ni algo por el estilo, sino que producía esa impresión”²⁸.

²⁶ Entrevista con Matilde Ladrón de Guevara, lunes 13 de septiembre de 1999.

²⁷ Entrevista con Stella Díaz Varín, lunes 15 de noviembre de 1999.

²⁸ Entrevista con Armando Uribe Arce, viernes 17 de septiembre de 1999.

SU RELACIÓN CON PUMARINO

A pesar de que María Carolina, según sus propias declaraciones, odiaba la burocracia, y tenía una nula capacidad de adaptación a los convencionalismos de la sociedad y las rutinas burocráticas, tan comunes en las oficinas públicas, trabajó durante casi una década en la Caja de EE. PP. y PP. donde se desempeñó con eficiencia.

En el lugar hizo pocas amistades, fue más bien retraída, pero conoció a un personaje que marcaría su vida para siempre.

Roberto Pumarino Valenzuela, funcionario de la sección Cuentas Corrientes de la misma institución, fue este personaje con el cual simpatizó -como ya dije- a poco tiempo de trabajar en el lugar.

Ocho años mayor que él, Carolina -de 40 años en ese entonces- estableció poco a poco un romance con este apuesto caballero y se enamoró con pasión como la mayoría de las cosas que había realizado en su existencia. Pumarino, por su parte, de 32 años, estaba separado de su esposa y tenía un hijo de seis años de edad. Era de una estatura regular, tez blanca, el pelo y los bigotes negros y se desempeñaba hace 18 años en la empresa fiscal donde ambos se conocieron.

Militaba en las filas del partido socialista y era dirigente de la Asociación Gremial de los Empleados Fiscales. Se había distinguido en la Caja por su eficiencia funcionaria y por su gran interés por los problemas gremiales. Sus compañeros de trabajo lo conocían y respetaban, y lo llamaban cariñosamente “don Puma”.

Ambos tuvieron un largo idilio, pero nunca llegaron a contraer el vínculo matrimonial más que nada por que María Carolina no quería volver a cometer el mismo error de casarse, pues ya había tenido hasta ese momento dos fracasos conyugales, lo que la claramente la llevó a un escepticismo con respecto a esta milenaria institución social.

En febrero del año ‘55, la ex-esposa de Roberto murió y al enviudar éste, quizá concretar el matrimonio con la persona que amaba y le pidió que se casara con él. Georgina Silva Jiménez le contestó negativamente en una carta en la cual daba varias razones, que según ella, impedían la realización de esta boda. Algunos trozos de esta misiva fueron publicados posteriormente y en ésta ella explicaba claramente el por qué no podía casarse, “... No puedo entender el matrimonio, institución que denigra la condición humana, ni puedo unir bajo esos moldes de egoísmo tu vida a la mía...”²⁹.

²⁹ Revista Vea, Santiago de Chile, n° 837, 27 de abril de 1955, páginas centrales.

Aduciendo a razones más íntimas como su irreverente y fuerte personalidad, continuó: “... Tú que conoces mi naturaleza rebelde, mi escepticismo frente a la vida, mi manera de ser en franca lucha contra este medio en el cual me ahogo de impotencia, debes entender las sobradas razones por las cuales no puedo casarme contigo. Recuerda también la diferencia de edad (Pumarino nació el 20 de noviembre de 1923 y ella, el 18 de agosto de 1910), que aunque tú afirmes lo contrario nos separa irremediablemente...”³⁰.

Luego de este rotundo rechazo Pumarino conoció a otra mujer, una joven de la cual se enamoró en poco tiempo y con la que se había propuesto cumplir su ansiado sueño de estar casados. Se cuenta que hasta habían fijado una fecha de matrimonio.

El despechado Roberto Pumarino, ahora comprometido con otra persona, decidió alejarse de la escritora. María Carolina, por su lado, atravesaba por una fuerte depresión producto de un cúmulo de frustraciones que se le habían acumulado. Fracasada en sus dos matrimonios y decepcionada de su producción literaria a la que la indiferencia de las editoras la dejó casi en el anonimato para el reconocimiento público.

Estaba en un período de retiro absoluto de lo mundano, “se había cambiado de casa más de treinta veces en el último tiempo”³¹, según relata un reportaje sobre su vida aparecido en el diario “La Tercera de la hora” de esos días.

Sus libros fueron una muestra exacta de su ánimo, allí estampa a la mujer y su inclinación a la muerte, a la nada y al olvido. “El mundo dormido de Yenia”, “Extraño estío” y “Soñaba y amaba el adolescente Perces” son trozos indiscutibles de parte de su depresión, de su alma atormentada que

³⁰ Revista Vea, Santiago de Chile, n° 837, 27 de abril de 1955, páginas centrales.

³¹ “La Tercera de la hora”, Santiago de Chile, n° 1702, sábado 30 de abril de 1955.

más que pasar en ese momento exacto de su vida por una baja en el ánimo, era una constante, pero que se camuflaba en altos y bajos.

Es difícil saber el por qué del carácter de esta mujer, habría que escarbar quizás en su niñez donde a lo mejor hubo algún suceso o hecho que abatió algo en su manera de ser para el resto de su vida.

Pero siempre vivió con una incesante inquietud que no la dejaba tranquila, lo prueba el hecho de su íntimo y restringido círculo de amistades con los únicos con que compartía sus más insondables secretos, sentimientos, alegrías y pesares. Sus más cercanos decían que a pesar de ser extremadamente sensible, culta y refinada, era también fría y ególatra, lo que la conducía a cerrarse constantemente entre sus libros y ella.

Todo esto la tenía muy mal y el fin de su noviazgo con Pumarino, la empeoró. Incluso se comenta que intentó suicidarse para terminar con su vida y con su eterna obsesión con la muerte. En la prensa de esa época aparece la siguiente información: “existe un frasco de nicotina pura encontrado en el velador de su dormitorio que es una prueba de que pensaba suicidarse”³².

³² “La Tercera de la hora”, Santiago de Chile, n° 1702, sábado 30 de abril de 1955.

EL EPISODIO DEL CRILLÓN

Un poco antes de las cinco de la tarde del 14 de abril de 1955, Roberto Pumarino Valenzuela esperaba a María Carolina Geel, la que lo había citado en el elegante Hotel Crillón, ubicado en la calle Agustinas 1025, casi al llegar al paseo Ahumada.

A las cinco horas exactas, Pumarino paseó su mirada por el elegante salón de té del Hotel. Ella aún no había llegado, por lo que tomó ubicación en el lugar tomándo un asiento ubicado en un rincón. Allí, próximo a un macetero aguardó la llegada de la escritora.

Este Hotel era uno de los sitios más ‘chic’ del centro de Santiago. Especialmente, entre las décadas del ‘30 y del ‘50, el Hotel Crillón representaba el lugar del buen gusto y la tradición que había en la capital. De inconfundible estilo francés, llamaban la atención sus pesados

cortinajes, sus lámparas de cristal, sus impecables alfombras y sus espigadas mesas de caoba. Su comedor daba a un patio de luz, y en uno de sus salones, donde se podía pedir cazuela en champagne para el aperitivo, un piano hacía más agradable la velada. Presumiblemente, ese salón de té, en el que Pumarino esperaba a Carolina era el sitio más “top” de Santiago en aquellos días.

Aproximadamente a las cinco y cuarto de la tarde, con sus pasos menudos y nerviosos, llegaba María Carolina al finísimo salón, y se sentó frente a su amigo sin despojarse del abrigo que llevaba puesto.

El lugar estaba colmado de gente y pidieron dos servicios de té completos y comenzaron a intercambiar palabras en voz muy baja.

La escritora Matilde Ladrón de Guevara casualmente estaba en el salón de Té del Hotel Crillón ese mismo día, con su hermana Lucía Guevara de Rozas, “queríamos estar un rato tranquilas con mi hermana y nos fuimos a tomar el té al Salón del Hotel Crillón. Nos sentamos, pedimos la orden y mi hermana comenzó a hablarme de su vida”³³. Se sentaron enfrente de ellos, quedando Matilde frente a Pumarino.

Según un mozo del Salón de té, Rolando de la Fuente Saez, la conversación de la pareja comenzó a tomarse en una discusión, pero todo esto en voz muy baja. Roberto Pumarino pidió la cuenta, \$266, según “La Tercera de la hora”.

De pronto, a las 17:45 horas, y sin que nadie lo advirtiera, presagiara ni pudiera interceder, la escritora sacó de su cartera una pequeña pistola *Baby Brownin*, calibre 6.35 y disparó a boca de jarro sobre su acompañante. Disparó cinco de los siete tiros que había en el cargador, en forma casi consecutiva.

³³ Entrevista con Matilde Ladrón de Guevara, lunes 13 de septiembre de 1999.

El moribundo sangrando por la boca, inclinó la cabeza y cayó hacia atrás. La vida de este hombre se extinguió rápidamente , ya que dos de las balas entraron por los maxilares y se alojaron, posiblemente en el cerebro, según la opinión del médico que se hizo presente en el sitio del suceso pocos minutos después.

“La ví que se paró, la ví parada cuando sonó el primer disparo y ella se puso de pie tal vez muy rápido, tal vez se paró para disparar porque yo la vi pararse y salió el ruido de la bala inmediatamente encima de él. Sentí el viento de la bala sobre mi cabeza y me lancé sobre la mesa. Luego oí cuatro balazos más. Toda la gente se lanzó bajo las mesas; algunas huyeron, hubo silencio³⁴”, relató Matilde Ladrón de Guevara.

Cómo cuenta la también literata apellidada Ladrón de Guevara, las personas que tomaban el té en el salón, sin comprender en los primeros instantes lo que sucedía, se lanzaron bajo las mesas buscando protección. La confusión se apoderó de toda la gente, los que alborotados con el ruido de las balas comenzaron a agolparse fuera del recinto y los que estaban adentro a huir de él.

Al comienzo, los “habitués” pensaron que había estallado un petardo o que un neumático se había reventado en la concurrida calle cercana pero, después de mirar el rincón en el cual se encontraban María Carolina Geel y Roberto Pumarino y contemplar cómo éste último se desplomaba aparatosamente dando vueltas la pequeña mesa sobre la cual hace un momento conversaban, un grito de horror escapó de todas las gargantas.

La victimaria, aún con el arma en la mano, se inclinó sobre el cadáver, tomó con sus manos su cara ensangrentada y lo besó en la boca, hasta que fue separada por un carabinero que acudió inmediatamente al lugar. “Al momento después de la ráfaga de disparos, ahí como que ella dejó el

³⁴ Entrevista con Matilde Ladrón de Guevara, lunes 13 de septiembre de 1999.

revólver encima de la mesa o lo tiró al suelo, no me acuerdo bien y se arrimó a él, se agachó y lo besó”³⁵.

En estos minutos de hondo dramatismo, Georgina Silva o María Carolina Geel escribió la página más definitiva de su vida que marcaría su devenir desde ese mismo segundo en que apretó el gatillo hasta el día de su muerte.

Con su pálido rostro, estática, sin moverse, con la cara manchada aún con la sangre de Pumarino, Georgina Silva contestó apenas, con un hilo de voz, las preguntas que el teniente de Radiopatrullas, Jorge Retamal, le hizo instantes después.

La mujer, no podía hablar, el hecho había quebrado toda su resistencia interior y su mente se negaba a funcionar en forma normal. Trató de llorar y no pudo, la tensión nerviosa se lo impedía. Además, los curiosos aumentaban en torno suyo. Llegaron carabineros y junto a éstos, reporteros gráficos, a cuyos fogonazos ocultaba el rostro.

Luego de un rato, el local quedó vacío de clientes y lleno de periodistas y policías, haciéndose presente el inspector de la Brigada de Homicidios, Mario Arnés, que tomó a su cargo esta primera parte de la investigación.

Al abandonar el teatro del drama, la mujer “cubrió su rostro ensangrentado con el alto cuello de su abrigo verde y con sus manos, los fogonazos de los fotógrafos”³⁶, se escribió en una crónica del crimen.

En un radiopatrullas de carabineros, María Carolina Geel fue trasladada a la primera Comisaría. Ahí, con la vista obnubilada, con la mente quién sabe dónde, soportó el interrogatorio de los detectives de la Brigada de Homicidios, pero no pudo explicar lo que había pasado. Su mente continuaba viajando en tinieblas.

³⁵ Entrevista con Matilde Ladrón de Guevara, lunes 13 de septiembre de 1999.

³⁶ “Las Últimas Noticias”, Santiago de Chile, viernes 15 de abril de 1955, última página.

En tanto, en el Hotel, el juez Aliro Veloso, que llegó a las 19:10 horas, autorizó levantar el cuerpo del cadáver luego del registro de las especies personales que el fallecido tenía en sus bolsillos. “Pumarino vestía terno café, todo del mismo color y corbata en una camisa blanca. Era un tipo alto con grandes bigotes y pelo negro”³⁷, había consignado la prensa.

En el momento que sacaban a Pumarino del recinto, llegó el hermano de la víctima, Sergio, él que no pudo contener las lágrimas que asomaron por sus ojos. No podía creer lo que sus mismos ojos veían pasar delante suyo.

Al mismo tiempo, la protagonista, ya en la comisaría no dijo palabra alguna sobre lo acaecido. El shock la había dejado muda.

Al día siguiente, el juez del primer juzgado del Crimen se sintió impresionado con el desconcertante comportamiento de la escritora. Después de tenerla frente a él por espacio de una hora, no logró obtener la más mínima declaración acerca de los móviles del crimen. Al parecer, ella ignoraba todo lo que sucedía a su alrededor y parecía no escuchar las preguntas que se le formulaban.

¿Por qué había disparado esa ráfaga de balazos sobre el ser que ella amaba? ¿Por qué a él? ¿Por qué en ese lugar? ¿Cuál fue el motivo que María Carolina tuvo para terminar con la vida de Roberto Pumarino? Todas estas fueron preguntas que quedaron dando vueltas en el aire y que ocuparían las páginas de la prensa y de la mente de las personas durante un buen período tiempo, tratando de responderlas.

³⁷ “La Tercera de la hora”, Santiago de Chile, n° 1687, viernes 15 de abril de 1955, páginas centrales.

DESCIFRANDO LA INCÓGNITA

La conmoción que provocó el drama pasional que protagonizó esta escritora dio bastante que hablar. Habían demasiadas hipótesis de lo que la habría conducido a disparar el gatillo aquel aciago día y ultimar a Roberto Pumarino.

Desde el primer instante, los diarios, las revistas y la opinión pública en general se dividieron diametralmente al juzgar la actuación de la novelista que escribió con sangre el capítulo más amargo de su vida.

Despecho o locura. Pasión o demencia. “Los actos nacen con una”, escribió tiempo después a modo de escueta explicación para el homicidio.

La versión de que fue un acto gratuito y que obraba fuera de sí, privada de la razón, la insinuó la propia autora del crimen en sus primeras

declaraciones. “Al preguntársele para que exprese en forma más precisa los motivos que tuvo para disparar -señala el acta de su declaración ante el tribunal- contesta en forma incoherente”³⁸.

Al comienzo, todos pensaron que se trataba de un crimen pasional, pues los elementos estaban: una pareja, ex novios y él estaba comprometido con otra. La escritora en un raptó de histeria, de celos y de despecho, disparó el arma.

Aunque, aún las circunstancias que la llevaron a cometer este asesinato no están todavía del todo esclarecidas, una de las tesis más esgrimidas es la de que pasaba por una profunda depresión y portaba un revólver en la cartera porque intentaba acabar con esta arma su propia vida mediante el suicidio. “La obsesión del suicidio la perseguía, porque su existencia, desde siempre, ha sido profundamente dolorosa. Al matar, quiso, en realidad, matarse”³⁹, señaló el pontífice de la literatura en aquellos años, Alone, luego del crimen.

No obstante sus inconscientes deseos suicidas, en el encuentro con Pumarino un impulso irresistible la llevó a apretar el gatillo de la pistola. Sus nervios la traicionaron, y en vez de dirigir el arma contra ella, mató lo que más quería, lo que también era una forma de matarse a sí misma.

“En los últimos meses había confiado a muchos amigos su desesperación, a pesar de ser una mujer habitualmente introvertida. Había dicho que se consideraba fracasada, que dudaba de que tuviera talento, que se iría a Buenos Aires y luego a Europa y por último, que no valía la pena seguir viviendo, que a lo mejor se quitaría la vida”⁴⁰.

³⁸ Anita Karina Gonzáles, “Desaparece autora de tragedia en el Crillón”, Revista de Libros de “El Mercurio”, Santiago, 14 de enero de 1996, pág.8.

³⁹ Hernan Díaz Arrieta, “El proceso de la escritora”, Revista Zig-Zag, Santiago, 14 de abril de 1956, pág 25.

⁴⁰ “Las noticias de Ultima Hora”, Santiago, viernes 15 de abril de 1955, pág. 7.

Otra versión del por qué cometió el crimen de su amado es que sufría de un grave problema psicológico, que es por llamarlo de algún modo, “una intoxicación intelectual”. Su vida, sus pensamientos y sus actos, no pertenecen a este mundo. Confunde la vida real con la literatura. Vive en su propio mundo, producto de su imaginación, entre personajes creados por ella misma.

Según un psicólogo que describe su caso en una crónica del diario “Las Ultimas Noticias” al otro día del suceso, el crimen se llevó a cabo cuando “su inquietante problema psicológico hizo crisis, y eso fue cuando confundió la vida con la ficción. Comenzó a vivir plenamente en aquel mundo creado por su imaginación, entre los personajes de sus novelas. Ese día, desconectada del mundo real, comenzó a destruirse a sí misma. Para romper todo lazo que pudiera atarla al mundo del que huía, buscó la manera de conmovier a ese mundo hasta en sus mismos cimientos. Necesitaba la liberación total. Y la buscó por el camino del crimen”⁴¹.

La respuesta más siniestra y perversa a la que se dio lugar para responder al móvil de este asesinato fue la de que lo mató para ser conocida, para alcanzar la fama, por puro afán de exhibicionismo. La prensa especuló mucho sobre esta macabra hipótesis, donde entraría un factor de su personalidad en juego: su egolatría. “Su nombre quedaría por siempre grabado en la mente y en el recuerdo de todos, sus obras serían por todos leídas, por todos los editores disputadas y por todos los países traducidas. Cualquiera hombre hubiera servido a sus fines. Hoy, todo Chile habla de María Carolina Geel. Mañana, tal vez escriba un libro: ‘Yo maté a un hombre’, y todo Chile lo leerá, todos los editores se lo disputarán, todos los países lo traducirán. María Carolina Geel eligió el camino del crimen

⁴¹ “Las Ultimas Noticias”, Santiago de Chile, viernes 15 de abril de 1955, pág.3 y pág.18.

para alcanzar una meta. Y lo ha conseguido. Pero también se ha asesinado a sí misma”⁴², se escribió en un diario.

Sea como fuere, Pumarino está muerto y por lo menos, en apariencia, no hay causa ni razón que justifique el crimen, por lo tanto, la escritora fue colocada a la brevedad a disposición de la justicia.

EL PROCESO JUDICIAL

Luego del fatídico suceso y el posterior shock nervioso del que fue víctima Carolina, turbadísima por lo que había hecho, pasó esa noche en la Casa Correccional de Mujeres.

Antes de llegar al recinto penal había pasado por la comisaría donde no dijo palabra alguna al juez que la trató de interrogar. Ante tal mutismo, el juez del primer Juzgado del Crimen, don Aliro Veloso, optó por proseguir la investigación al día siguiente. Manifestó que no era el momento oportuno y señaló su pesar por llenarla de preguntas, “es triste interrogar a una mujer en ese estado de depresión”⁴³.

⁴² “Las Ultimas Noticias”, Santiago de Chile, viernes 15 de abril de 1955, pág.18.

⁴³ “Las Ultimas Noticias”, Santiago de Chile, sábado 16 de abril de 1955, pág.10.

A primera hora de la mañana siguiente, se practicó la autopsia del cadáver por los médicos legistas del Instituto Médico Legal, la que señalaba que de los cinco tiros de pistola que recibió Pumarino, dos de ellos se internaron en la comisura labial izquierda; otro en el hombro derecho, un cuarto en el hemitórax derecho, en el segundo espacio intercostal y el quinto fue a dar en el hipocondrio derecho⁴⁴.

También ese mismo día prestaron declaración algunos de los testigos oculares del hecho de sangre, entre los que figuraron las hermanas Ladrón de Guevara, Matilde y Lucía, que se encontraban en la mesa vecina a la pareja el día 14 de abril de 1955 en el mismo salón del Hotel Crillón. Matilde, a pesar de no conocerla, la defendió en sus declaraciones ante la justicia, sobretodo de la idea que hubiera matada para hacerse famosa.

“Yo no la conocía de antes. No sabía que era escritora, lo supe después cuando lo leí en los diarios, pero nunca me atreví a prejuizar sobre los móviles que impulsaron a la escritora a ejecutar ese homicidio y siempre repudí la tesis de que había sido por puro afán exhibicionista, pienso que esa acusación fue antojadiza y arbitraria”⁴⁵, aclaró Matilde Ladrón de Guevara luego de pasar más de cuarenta años desde el día del crimen.

El prestigioso abogado criminalista, Luis Malaquías Concha, mediante conversaciones que sostuvo con la hermana de la escritora, tomó la defensa de María Carolina Geel, el que de inmediato ordenó exámenes psiquiátricos para establecer si sufría de trastornos mentales.

Los eminentes psicoanalistas y médicos psiquiatras de profesión, Manuel Francisco Beca y Jacobo Pasmanik comenzaron a someterla a los exámenes de rigor.

⁴⁴ “La Segunda”, Santiago de Chile, viernes 15 de abril de 1955, pág. 12.

⁴⁵ Entrevista con Matilde Ladrón de Guevara, lunes 13 de septiembre de 1999.

Por otra parte, el hermano de la víctima, don Sergio Pumarino, presentó querrela criminal contra la escritora. La querrela por homicidio calificado, patrocinada por el abogado Benjamín Montero -que trabajaba en el estudio del jurisconsulto Robinson Alvarez Marín-, acusa a María Carolina de haber asesinado a Roberto Pumarino con premeditación, a sangre fría.

Afirmando la acusación de que no se trató de un crimen pasional, acompañaron a la querrela una carta y una tarjeta de puño y letra de la escritora. En la carta, María Carolina le expone a Roberto las razones por las cuales no puede aceptar casarse con él. La Geel terminaba la misiva con una serie de razonables consejos para Pumarino, al cual en buenas cuentas rechazaba como futuro esposo, instándolo a buscar otra mujer que a la par de ser buena compañera sea la madre que necesita el hijo de Pumarino, que recientemente había quedado viudo. La carta estaba fechada el 22 de febrero de ese mismo año.

En cuanto al otro documento que presentó la parte querellante, se trata de una tarjeta, encontrada en el propio departamento de la víctima, que la novelista le hiciera llegar el día antes del drama en el Hotel Crillón. En ella cita a su amigo alegando suma urgencia en verlo, porque estaba a punto de partir y quería devolverle varias cosas suyas. Pumarino la llamó por teléfono y se concertó la cita en el salón de té del elegante hotel capitalino. Con estos documentos se trataba de probar que la escritora obró con total premeditación y sin otro móvil que llamar la atención con un espectacular crimen.

A estos duros argumentos, la defensa opone la perturbación mental en la que se encontraba la victimaria al momento de disparar el gatillo.

La escritora por su parte, en la cárcel continuaba sumida en un caos espiritual. Su pieza en la casa correccional está cerrada a la vida. Pasaba

en cama, rechazando todo, incluso las visitas hasta de sus propios amigos, quizás no queriendo mezclarse con nada mundano.

Sólo entraban al recinto carcelario para conversar los médicos psiquiatras nombrados para examinarla. Horas enteras pasaron con ella tratando de reconstruir el cuadro psicológico de su vida completa.

Una semana después del crimen, aparecían en la prensa escrita de la capital algunos avisos que anunciaban una lenta recuperación en el ánimo de María Carolina Geel, “poco a poco ha ido despertando del profundo sopor en que pareció caer luego de cometido el crimen. Ha balbuceado las primeras palabras, dolientes, quejumbrosas, dramáticas, pero se ha negado a confesar el móvil del crimen”⁴⁶.

Además, agregaba la nota, que en sus conversaciones con el abogado defensor, Malaquías Concha, había declarado: “no quiero que me defiendan; no soy digna de defensa ni de compasión. He muerto a un hombre y sólo deseo el castigo que merece mi crimen”⁴⁷.

Al día siguiente de aparecer estas declaraciones, el 21 de abril, María Carolina era declarada reo por “haber meritos en su contra que la sindicaban como autora del homicidio de Roberto Pumarino Valenzuela”⁴⁸. La afectada manifestó que no apelaría la resolución judicial pues insistía en que era merecedora de un castigo por lo que había hecho.

Luego de más de un mes y medio de espera y cumpliendo el plazo que se le había dado a los psiquiatras Beca y Pasmanik para que emitieran un informe sobre el estado emocional de la escritora el 31 de mayo salió publicado en “Las Ultimas Noticias” parte de el resultado de este informe. Desde todos los ángulos y basándose especialmente en el “test de la personalidad” del médico suizo Rorschach, los especialistas examinaron a

⁴⁶ “Las Ultimas Noticias”, Santiago de Chile, miércoles 20 de abril de 1955, pág.10.

⁴⁷ “Las Ultimas Noticias”, Santiago de Chile, miércoles 20 de abril de 1955, pág.10.

⁴⁸ “La Tercera de la hora”, Santiago, jueves 21 de abril de 1955, pág. 10.

la paciente y luego de diversas consideraciones llegaron a la conclusión, según consta en el informe aludido de que “en realidad ella no es ni demente ni loca en el sentido que a tales acepciones le da el Código de Procedimiento Penal de Chile. Pero, se trata de una personalidad de tipo hístico-depresivo, que significa alteración de la personalidad con estados hísticos y momentos depresivos de tipo nervioso”⁴⁹.

“El delito cometido por María Carolina Geel -continuaba el informe- no constituye en ningún caso el acto de un verdadero alienado que actúa totalmente desprovisto del uso de la conciencia y de la razón; pero la afección de la escritora constituye una atenuante”⁵⁰.

Luego vinieron otros análisis psicológicos que solicitó la parte querellante para comparar varios informes, y de varias diligencias en las que iban y venían los testigos del crimen.

La prensa -no sólo la amarilla y sensacionalista- se solazó escribiendo largas crónicas, reportajes y hasta columnas de opinión sobre el sangriento crimen que protagonizó la escritora. Este “festín de la prensa chilena” como le llamó Alone alcanzó proporciones orgiásticas. “Los profesionales del hecho sensacional corrían y bailaban; grandes títulos, enormes retratos, profusión de errores entre algunas verdades y, como resultado lógico, calculado, perseguido y esperado, un satisfactorio aumento del tiraje. Todo ello, naturalmente, para informar debidamente a los lectores, invocando la libertad de prensa y hasta aduciendo a razones de orden moral, la necesidad de castigar culpables y el deseo de purificar la atmósfera”⁵¹.

Además de artículos que se situaban como jueces de este trágico hecho, culpando a la victimaria y exigiendo el merecido castigo como moraleja para que estos hechos no se vuelvan a repetir; aparecían algunos más

⁴⁹ “Las Últimas Noticias”, Santiago, martes 31 de mayo de 1955, pág.10.

⁵⁰ “Las Últimas Noticias”, Santiago, martes 31 de mayo de 1955, pág.10.

⁵¹ Alone, Hernán Díaz Arrieta, “Los Memorialistas Chilenos”, pág. 17.

distanciados del asesinato mismo, que intentaban ver lo ocurrido de manera más intelectual.

Hernán Díaz Arrieta, fiel a su condición de escritora por sobre todas las cosas consignó en su columna llamada “Plumas nacionales” en la revista Zig-zag: “¿Qué se sabe, qué se sabrá de lo que sucedió ahí, esa tarde, ‘a las cinco en punto de la tarde’? Posiblemente, ella misma se vería en grandes dificultades para explicarlo. Ahí están sus libros, sus novelas. No son nada claras. Los personajes aparecen envueltos en una atmósfera de penumbra, mitad soñados, mitad reales, y se ve que la dominan. Los libros se parecen a su autor, como los hijos a su padre: los de María Carolina Geel tendrán que presentarse ahora a declarar por ella, ante la justicia. Esperemos que su testimonio contribuya a salvarla”⁵².

Con todo el peso de la ley del hombre, toda consideración poética y literaria no la salvó, sus libros -en este triste momento de su vida- no la ayudaron. María Carolina Geel fue sentenciada en el fallo de primera instancia a 541 días de prisión y más tarde, el veredicto de la sexta sala de la Corte de Apelaciones la condenó definitivamente a la pena de tres años y un día, porque, entre otras cosas se concluyó que “si bien la reo actuó en el delito con un control disminuído de sus impulsos, no se encontraba totalmente privada de razón”⁵³.

⁵² Alone, “Plumas nacionales: María Carolina Geel”, Revista Zig-Zag, Santiago, n°2613, año 51, 23 de abril de 1955.

⁵³ “La Segunda”, Santiago, viernes 4 de octubre de 1991, pág 4.

CÁRCEL DE MUJERES

En su estadía en la cárcel, María Carolina se sumió en un hondo silencio, que la llevó a estar días enteros tumbada en la cama de su celda, mirando el techo y llevando su mente quizás a otro lugar, lejos de ahí, lejos de este mundo. A lo mejor trataba de ordenar su mente para encontrar una explicación lógica al crimen que la llevó a estar ahí, en ese inhóspito lugar, condenada al encierro y sin poder hacer nada de lo que ella quisiera.

Fuera de su hermana y del abogado que asumió su defensa, Luis Malaquías Concha, María Carolina Geel aceptó penosamente unas pocas visitas.

Estimulada por su fiel y querido amigo, Hernán Díaz Arrieta, con quién se carteaba frecuentemente -aunque ambos jamás se habían visto en persona- y lo continuó haciendo desde la cárcel, comenzó a escribir. Escribir había sido hasta ese momento su vida, su oficio, su amor, su ocupación, su excusa, su salvación; y desde ese gris calabozo, entre cuatro paredes, comenzó a mover su pluma en busca de un poco de paz o de su propia exorcización.

¿Por qué ha escrito?, se preguntaba Alone y se respondía sencillamente, “porque es escritora”.

Sobretudo para sus cercanos, el caso de María Carolina Geel y la pluma es bastante peculiar. Todos concuerdan en que había nacido para escribir, no podría haber hecho otra cosa de su vida. “Nació con la vocación de escribir. Hay seres así, para quienes el mundo carece de importancia, si no pueden reproducirlo. Son seres monstruosos; pero existen, no se les puede negar ni suprimir”⁵⁴.

Sus escritos en prisión narraban más que nada sus experiencias en la Casa Correccional, la gente que la rodeaba y sus pensamientos. Los manuscritos de lo que escribía se los enviaba regularmente a Alone que vivía en las cercanías del Parque O’Higgins.

El crítico Luis Merino Reyes, que también vivía en el barrio en esa época, relató la siguiente anécdota: “Un día, que yo iba a ver a Alone -desde mi casa ubicada en República yo llegaba a pie hasta su residencia- me topé en el camino, en el parque con Echeverría (su primer esposo) que le llevaba

⁵⁴ Hernán Díaz Arrieta, “El caso de María Carolina Geel”, Revista Zig-Zag, Santiago, 7 de enero de 1956, pág.25.

las carillas que había escrito la María Carolina Geel, se las llevaba a Alone. Un razgo muy hermoso que tuvo ese hombre, él las iba a buscar a la cárcel y las transportaba hasta la casa de Alone”⁵⁵.

Este cúmulo de papeles en los que María Carolina iba volcando su soledad y arrepentimiento, que comenzaba a sentir cada vez más entre esas cuatro paredes, fue formando una suma considerable de hojas que relataban una especie de memorias sobre lo vivido en la cárcel ubicada en la calle Lira.

Entonces, Alone, las juntó carilla a carilla e hizo con ellas un libro llamado “Cárcel de mujeres” que Carolina subtuló de novela, aunque en realidad era su propia vida. La primera edición de este libro salió en marzo de 1956 y se vendió tanto que salieron otras dos ediciones en abril y mayo del mismo año.

La misma Carolina señaló tiempo después en una entrevista: “ ‘Cárcel de Mujeres’ es el único de mis libros que se ha vendido. Fue una experiencia extraña, pero saludable. Mucha gente creyó que lo escribí buscando publicidad. Ese libro tenía que hacerlo. Escribía aquellas páginas, que le iba enviando a Alone, como en un estado hipnótico”⁵⁶.

El libro es difícil de definir, si es crónica o si es novela. Comienza con un relato objetivo y la autora se desprende de sí misma para anotar lo que ocurre en torno suyo. Murmullos, voces y ecos que comienzan a cobrar forma. Una humanidad tumultuosa, encerrada entre los muros de la prisión, cobra vida en las páginas de “Cárcel de mujeres”.

En este relato, que se podría llamar autobiográfico, la autora escribe las experiencias emocionales e impresiones durante su reclusión, donde cumple la condena por el delito de homicidio. Se perciben dos tonalidades en la obra: una íntima y dolorosa referida a la propia situación de la reo:

⁵⁵ Entrevista con Luis Merino Reyes, 20 de julio de 1999.

⁵⁶ Marielisa Otero, “Charla en voz baja con María Carolina Geel”, *Revista Eva*, año XV, n° 605, Santiago de Chile, 19 de octubre de 1956, pág.30.

sus recuerdos, angustias, remordimientos; y otra objetiva y desapasionada referida al ambiente carcelario al cual su vida se encuentra momentáneamente ligada.

En la Casa Correccional conoció a una mujer que la ayudó a salir del letargo en que la vida la tenía, una mujer que fue para ella una inspiración y un estímulo para vivir, casi un ángel de la guarda que la protegió en su momentos de más profundo dolor, esta mujer fue una monja de la Congregación de las Monjas del Buen Pastor, su nombre era Anunciación. Carolina dice sobre ella, “Yo querría recordar en qué momento, desde la cama, observé por primera vez, consciente, los razgos, los gestos, la cercanía leve de la Madre Anunciación. La empecé a sentir como un ser blanco; tras él desaparecía aquel fragor tumultuario frente al cual el alma se había encogido. Nunca el conocimiento de una persona fue para mí tan silencioso, tan tranquilo, tan sencillo. Y un día que siguió a una noche interminable, en que la infelicidad crecía sobre el tiempo y la muerte, ella se inclinó a hablarme. Nada puede asemejarse tanto a la sensación imponderable de la luz”⁵⁷.

Además de esta mujer que ejerció en la escritora una admiración que la llevó a describirla casi como una diosa; María Carolina conoció la mísera situación de las mujeres que pasan gran parte de su vida en ese lúgubre lugar y la describió a través de las páginas de su texto, traspasando en él algo de la soledad que se percibe en los pasillos y la angustia de la pérdida de la libertad. Aquí, dijo, “se llega a conocer la más mortal de las sensaciones de dolor: el tedio en el alma”⁵⁸.

A menudo, se refiere a la mujer, sus dolores y alegrías y describe a un sin fin de presas que la acompañaron durante su temporada carcelaria, aunque

⁵⁷ María Carolina Geel, “Cárcel de mujeres”, Santiago, 1956, Editorial Zig-zag, pág.32.

⁵⁸ María Carolina Geel, “Cárcel de mujeres”, Santiago, 1956, Editorial Zig-zag, pág. 34.

ella jamás cruzó palabras con el resto de las detenidas, huyendo siempre de la curiosidad que despertaba a raíz del bullado “Crimen del Crillón” que la tuvo como primera plana de la prensa durante un buen tiempo.

La “María Patas Verdes” con su linda e ineducada voz que ella da de sí, a todo grito; la “Chamaca” que cantaba; la María López, también conocida como Olga Sanhueza; la Juana Rojas; la Adelaida y su espectacular historia de amor en que cuando estuvo en la cárcel se enamoró de una mujer a tal punto, que estando en libertad mató con un hacha a otra mujer para poder volver a prisión y permanecer junto a su amada; la Ofelia, la Regina y la Helia, se ubican entre otras en la galería de personajes que la autora logra retratar y describir en el libro.

Cada cual con su delito particular, son las huéspedes del “Patio por días”, porque en la Cárcel de Mujeres existe una jerarquía sui generis que se establece casi tácitamente dentro del establecimiento. Sus muros contienen una división de castas que las separa. María Carolina Geel, anota frecuentemente los descubrimientos de cada día, ya fueran riñas, pependencias y de vez en cuando el nacimiento de un niño en el patio de las guagas.

Otro tópico que toca constantemente la autora, es la soledad del alma que siente en esos momentos, se pregunta por su vida fuera de la cárcel y se responde con argumentos llenos de soledad, con una cotidianidad marcada por el aislamiento del resto de los seres humanos, como queriendo huir de algo que ni ella misma se explicaba pero no por eso dejaba de preguntárselo, “Porque la zona profunda de mi yo no es accesible a los demás, como la de ninguno de ellos al otro. Y allí donde se hunden las raíces de lo consciente, las sombras empiezan y el propio yo zozobra”⁵⁹.

⁵⁹ María Carolina Geel, “Cárcel de mujeres”, Santiago, 1956, Editorial Zig-zag, pág. 89.

EL INDULTO PRESIDENCIAL

Luego de transcurrido más de un año desde el instante en que María Carolina había disparado cinco mortales balazos sobre Roberto Pumarino,

un rayo de luz entró a la fría habitación del pensionado de la Casa Correccional de Mujeres, donde habitaba la escritora.

La condena ya había sido dictada el año anterior y se trataba de tres años y un día en la prisión, incluso habiendo cursado la correspondiente apelación. Como última medida, había sido presentada una solicitud de indulto, la que quedó archivada en el Ministerio de Justicia.

El crítico literario más influyente de ese entonces, cuya palabra era ley en lo que a materia de libros se refiere, osea, si él en esa época decía que un libro o autor era malo, definitivamente ese libro sería un fracaso, por lo menos de ventas, y si decía que era bueno, lo podía llevar a la gloria máxima del éxito. Esta vaca sagrada de los escritores era el señor Hernán Díaz Arrieta, Alone, que durante el tiempo que la María Carolina estuvo en la cárcel estrechó la relación de amistad, que de antes que ella perdiera su libertad, ya sostenían mediante el nutrido intercambio de correspondencia.

Alone, intercediendo por la libertad de Carolina, logró interesar a la poetisa y Premio Nobel de literatura, Gabriela Mistral, por la suerte de la escritora, enviándole a Estados Unidos -país donde en esa época residía la poetisa- una misiva en que le pedía a Gabriela que intercediera ante el gobierno chileno por la libertad de la reo. Además le envió un ejemplar del libro “Cárcel de mujeres”.

La Mistral, por su parte, tomó rápidamente cartas en el asunto y escribió al Presidente de la República, Carlos Ibañez del Campo, en los siguientes términos: “Respetuosamente suplicamos a Su Excelencia indulto cabal para María Carolina Geel, que deseamos mujeres hispanoamericanas. Será ésta una gracia inolvidable para todas nosotras”⁶⁰.

⁶⁰ “Revista Vea”, n° 910, Santiago, 21 de septiembre de 1956, pág. 5.

El jefe de Estado accedió favorablemente a la petición de Gabriela Mistral, firmando posteriormente el respectivo decreto de indulto. Parte de la misiva de respuesta que le dirigió el presidente a la poetisa señalaba lo siguiente: “Respetada Gabriela: He vacilado un instante en la forma como dirigirme a mi ilustre compatriota. Pero sus admirados libros crean una familiaridad que permite el trato tan directo. Sepa usted, mi estimada amiga, que en el instante en que usted formula una petición, esta es un hecho atendido y resuelto. Es de enorme magnitud lo que Gabriela Mistral ha realizado por Chile, por lo que sería incomprensible que el Presidente de la República no escuchase una súplica nacida del corazón de nuestra gran escritora. Considere, pues, desde ya, indultada a María Carolina Geel”⁶¹.

Nuevamente el polvo volvió a saltar y la polémica ahora se desató -a través de la prensa- debido a lo justo o injusto que el Presidente de la República le diera la libertad a la escritora y si Gabriela Mistral obró bien o mal al interceder por ella.

La discusión fue poco a poco trascendiendo a distintos espacios y enrojéndo cada vez más la delicada epidermis de la opinión pública. Silvia Piñeiro, destacada actriz nacional, opinaba sobre el indulto en el año ‘56: “A mi modo de ver, es una inmoralidad que se le haya concedido el indulto a María Carolina Geel. Ella dispuso de una vida y nadie tiene dercho sobre la vida de los demás. Debió, por lo menos, cumplir la pena mínima. Hay que considerar que muchos pobres hombres y mujeres sufren todo el rigor de la ley para pagar sus deudas con la sociedad y no es justa la excepción que se ha hecho con esta persona”⁶².

⁶¹ “El Mercurio”, Santiago de Chile, viernes 14 de septiembre de 1956.

⁶² “Clarín”, Santiago, sábado 22 de septiembre de 1956, pág. 7.

Al contrario de ella, hubo otras destacadas intelectuales y artistas chilenas que no repudiaron el indulto. Amanda Labarca, conocida escritora y educadora, se inclinó en favor de la clemencia y María Maluenda, también actriz, señaló que lo que María Carolina necesitaba no era un castigo, sino apoyo para vivir y para interesarse por la vida de los demás; “me parece lo más natural que ese apoyo haya venido justamente de parte de una mujer de tanta grandeza de alma como Gabriela Mistral”⁶³, recalcó.

La otra cara de la noticia del indulto, la faz más dramática, está entre los parientes de la víctima, Roberto Pumarino. Para su madre, este indulto vuelve a su estado de libertad a la autora del homicidio, pero en ningún momento devolverá al hijo perdido para siempre, y su hermano, Sergio Pumarino, que fue el que se querelló contra la Geel, manifestaba en una revista de aquel entonces: “No puedo ocultar un gesto de desilusión. Al intelectual todo le es perdonable. Dada su posición y cultura, puede ser un psicópata; en cambio, el rigor de la ley es para el gañan carente de medios. Todo vuelve al estado en que estaba antes de cometerse el hecho; lo único que no vuelve es un hombre. A él no se le puede, por decreto, conceder el privilegio de volver a vivir”⁶⁴.

Además de esta divergencia de opiniones, se generó todo un debate nacional en torno a si era correcto o no, el derecho de otorgar el indulto presidencial por el mandatario de turno. Se hablaba de que el uso de esta facultad al estar en manos de una sola persona, que tenía todo el poder de darlo o no, se prestaba para abusos. Además, se decía que de esta manera, las personas sabían que podían cometer un delito, pues después serían indultados.

⁶³ “Clarín”, Santiago, sábado 22 de septiembre de 1956, pág.7.

⁶⁴ “Revista Vea”, n° 910, Santiago, 21 de septiembre de 1956, pág.5.

Pero el indulto, el presidente Ibañez ya lo había dado, como se expusó, le había dado, es más, su palabra a la poetisa Gabriela Mistral de que así sería.

LA ANSIADA LIBERTAD

Después de la correspondiente tramitación burocrática del decreto de indulto y de la firma del mismo documento, a María Carolina Geel le llegó la noticia de que quedaría en libertad, la que recibió con inmensa satisfacción y con un infinito agradecimiento al presidente Carlos Ibañez del Campo y a la poetisa, residente en Nueva York en ese entonces, Gabriela Mistral.

Por fin, luego de 534 días (un año, cuatro meses y diez días) de reclusión en la Casa Correccional ubicada en la calle Lira 133, Georgina Silva Jiménez saldría en libertad.

Recién comenzada la tarde del 25 de septiembre del año '56, mientras una multitud ávida de curiosidad se agolpaba frente a las coloniales puertas de la Correccional, Carolina preparaba su ansiada salida del lugar.

Al interior de la vieja casona donde se emplazaba la cárcel había también algo de tensión dentro de la mujer, ya que afuera de esas cuatro paredes, tendría que enfrentar muchas cosas que en su vida habían quedado pendientes.

Cuando llegó el abogado defensor, a las 19:50 horas, hacía ya mucho rato que la novelista lo esperaba lista. La despedida fue rápida y nerviosa. La abnegada y admirada Madre Anunciación y María Carolina se fundieron en un prolongado abrazo, sin poder contener las lágrimas. Sin más palabras, la mujer dio la media vuelta y emprendió la retirada.

La salida de la cárcel de la escritora y de su abogado fue cinematográfica. Todos los periodistas policiales y sus reporteros gráficos se apostaron

desde las primeras horas de aquel martes de septiembre, a la entrada del recinto penal para bloquear la salida de Carolina, y poder captar su figura. Entre los curiosos que rodearon el lugar, casi un cincuenta por ciento, eran liceanas y niños cuyas edades fluctuaban entre los 6 y los 14 años de edad. Muchos estudiantes prefirieron hacer la ‘cimarra’ antes que perderse el espectáculo que significaba ver a la ahora famosa escritora, salir de la prisión. Profesores del Liceo mixto “Simón Bolívar”, ubicado en Lira casi esquina de Blas Cañas, se vieron obligados a sermonear a sus alumnos que se aglomeraban en la esquina sin el menor interés en entrar a las clases. Finalmente, a las ocho con veinte minutos de esa noche, montada en un taxi, salió en libertad María Carolina Geel. La velocidad con que el auto abandonó el lugar, fue meteórica y pocos alcanzaron a divisar a la mujer que estaba con unas gafas oscuras dentro del taxi de patente EJ-56. Según un diario, “dentro del coche sólo se vieron dos personas: el chofer y el abogado Malaquías Concha. María Carolina iba sentada en el piso del coche, con la cara entre las manos para esconderse de los fotógrafos y ocultar el llanto que le tenía destrozados los nervios”⁶⁵. Casi al momento, en que salió el taxi de María Carolina, otro vehículo de arriendo que pasaba por ahí en ese mismo instante, fue abordado en contados segundos por fotógrafos y reporteros, los que dieron al chofer la clásica orden de las películas policiales: ¡rápido, siga a ese auto!. El automóvil en que iba la escritora corriendo a gran velocidad, subió por la Alameda y luego, tomó dirección por las calles Portugal, Avenida Matta, Avenida Sur, Lo Encalada, Irrázaval, Covarrubias e Irrázaval nuevamente. La persecución a ese recorrido, era de película, en cada detención frente a una luz roja, un fotógrafo se bajaba del auto y enfocaba

⁶⁵ “La Tercera de la hora”, n° 2215, Santiago, miércoles 26 de septiembre de 1956, páginas centrales

a través de los vidrios del otro, tratando de captar la imagen de María Carolina.

Por fin, el taxi perseguido se detuvo frente a la casa del abogado, don Luis Malaquíás Concha Larrondo, ubicada en la calle Trovador 4338, frente a la nueva Escuela Militar, en Apoquindo. Este no era el destino inicial, pero debido a la persecución, el criminalista le ofreció que pasara un momento a su casa hasta que las cosas se calmaran.

Carolina accedió y rápidamente bajó del auto y corriendo entró a la casa de Concha. Los fotógrafos alcanzaron a disparar desde lejos sus flash, pero con escasas posibilidades de obtener una buena foto, por la luz y por la distancia.

Hubo sólo un reportero que logró entrevistarla ese mismo día, es más la acompañó dentro del taxi durante toda esta cinematográfica fuga. El fue el señor Alfredo Riveros del diario “Las noticias de Última Hora” que al día después del suceso, publicó una extensa crónica relatando cada detalle con la Geel. Según palabras sacadas del mismo matutino fue la propia María Carolina Geel la que pidió a su abogado que hiciera posible una entrevista con este medio, absolutamente exclusiva.

La tónica de la conversación con este único periodista que pudo acceder a ella, giró mayormente en torno a su futuro más próximo. La mujer señaló que deseaba viajar a la brevedad a México para ver a su hijo Sergio, que en ese momento se encontraba estudiando en ese país.

SU VIDA DESPUÉS DE LA PRISIÓN

Casi conjuntamente con la escritora de la cárcel, salió a la luz pública otro de sus libros. Su amigo escritor, Enrique Espinoza, lo incluyó en su colección 'Babel'. Se trataba de la novela "El pequeño arquitecto" (1956), que anteriormente había sido publicada en la revista Occidente en el año '53.

Aquí vuelve a sumergirse en el tema del Eros, relatando la insatisfacción sexual que tiene un hombre adulto con su esposa. La historia la protagoniza Joseh, arquitecto de profesión, constructor de muros y límites, que vive aún en un encerrado y limitado ambiente familiar. Su mujer, Amina, le ha creado a su alrededor un pequeño mundo delicioso. Todo es tranquilo, pero sobreviene Marga, su suegra, mujer que ha recorrido muchos países y conoce la amplitud no encerrada del universo. Toda la perfección de relaciones de su mundo es súbitamente destruido por un terremoto. Amina, su mujer, debe ser operada, y su amigo Esdras fallece junto a su hija. Joseh percibe, entonces, también, que cuanto creía sentir hacia su esposa ya no es, y comienza a sentir un gran amor hacia su suegra, la que por su parte empieza a preparar el viaje de regreso a su mundo.

Llama la atención en Carolina este libro, en el sentido, de cómo puede conocer tan bien la mentalidad de un hombre, -ya lo había hecho en "Soñaba y amaba el adolescente Perces"- describiendo los sentimientos masculinos para con las féminas casi como si los hubiera vivido. Por ejemplo, en una escena del libro, caracteriza un razgo muy de macho de Joseh cuando se refiere a su mujer luego de que un largo silencio se

formara entre los dos, suponiendo que ésta no puede dejar de hablar: “Va a hablar...va a decir una frase mujeril... o algo muy, muy dramático...”⁶⁶.

Además de este libro, fue reeditado “Soñaba y amaba el adolescente Perces”, ya que una amiga de la escritora que conoció a través de cartas que le enviaba a prisión, y cuyo nombre se mantuvo en silencio, le pidió la autorización. Carolina accedió y fue lanzado también luego de salir de la cárcel.

Durante su estadía en la correccional, la escritora ahondó su gratitud hacia cuatro personas que la comprometieron para todos los días del resto de su vida. Ellas fueron: el crítico Alone, que la alentó, instándola a escribir “Cárcel de mujeres”; la madre Anunciación, que le hizo menos doloroso su calvario; el abogado Malaquías Concha, que le restituyó la libertad, y la poetisa Gabriela Mistral, que intercedió ante el presidente en favor de su indulto. Lo curioso es que a ninguna de estas personas las conocía, por lo menos personalmente, antes de ingresar a la cárcel.

Dentro de sus planes, luego de estar lejos de su vida real por más de un año, estaba el de ir a visitar a Gabriela Mistral a Nueva York, para agradecerle su valiosa mediación en persona, pero al parecer, eso no fue posible.

Luego de este gris episodio de su vida trató de alejarse del mundanal ruido y estar cerca de sus amigos de siempre. “Quiero que me dejen tranquila. Sólo deseo olvidar”⁶⁷, declaró.

A pesar de estar confundida de lo que haría con su vida de ahí en adelante y de saber si volvería a escribir, se declaró siempre asombrada de que lo que más había ganado con toda esta tragedia era comprobar la generosidad de las personas que la ayudaron. En otra ocasión señaló “Quedé

⁶⁶ María Carolina Geel, “El pequeño arquitecto”, Santiago, 1956, Colección ‘Babel’, Editorial Universitaria, pág. 91.

⁶⁷ “Revista Vea”, n° 912, Santiago de Chile, 4 de octubre de 1956, pág.13.

sorprendida con la bondad de la gente. Si bien alguna prensa me ha tratado con ensañamiento, he recibido, por otra parte, inmerecidas pruebas de afecto”⁶⁸.

Ahora debía trazar las líneas de una nueva existencia y pensar en los pequeños y grandes menesteres del diario vivir.

Era explicable que no tuviera todavía la tranquilidad necesaria para tomar decisiones sobre su porvenir. El drama que conmovió su vida le había dejado una huella cuyas consecuencias no pueden anticiparse. La experiencia quizás se traduciría en una mayor labor creadora, después de la necesaria etapa de reajuste.

Al efectuar un balance de los ataques y condenación de que ha sido objeto y de las pruebas de amistad y comprensión que ha recibido, el saldo determinará la nueva trayectoria de su vida.

Dicen que el tiempo todo lo cura (o todo locura), quién sabe.

⁶⁸ Marielisa Otero, “Charla en voz baja con María Carolina Geel”, Revista Eva, año XV, n° 605, Santiago de Chile, 19 de octubre de 1956, pág. 40.

¿QUÉ PASÓ DESPUÉS CON CAROLINA?

Después de un retiro espiritual que la ayudó a aprender a convivir con lo acaecido, que claramente marcó su vida, volvió a trabajar en la crítica literaria, con éxito aparecían sus textos en los principales periódicos de la capital y en algunas revistas como la revista Pec, bajo el directorio de Marcos Chamúdez.

No volvió a casarse, aunque siguió siendo pretendida por los hombres, los que como siempre continuaron sintiéndose atraídos por esta enigmática mujer. Luego de salir de la Correccional, fue a ver a su casa a la escritora Matilde Ladrón de Guevara, para agradecerle por su desinteresada ayuda como testigo del crimen. En esa ocasión, Carolina llegó con un amigo que había conocido en algunas visitas que él le hizo durante el año y medio que pasó en el Buen Pastor.

Se trataba de Hernán Verdugo, un extraño hombre, de aspecto galán, autor de un único y curioso libro llamado “El Dios”, del que una vez la propia Carolina comentó: “pese al nombre, lo considero una obra demoniaca”⁶⁹. A Matilde le pareció extraño que no llegara sola porque era la primera vez que ambas se verían -a excepción de ese aciago día- pero lo aceptó, aunque no dejando de parecerle extraño. Quizás el mismo hecho de que fuera solitaria, la hacía tener menos amigas y en su reemplazo siempre a su lado un varón que la cortejara.

⁶⁹ Marielisa Otero, “Charla en voz baja con María Carolina Geel”, *Revista Eva*, año XV, n° 605, Santiago de Chile, 19 de octubre de 1956, pág. 40.

A pesar de siempre haber sido poco sociable, cosa que aumentó con el hecho del crimen, frecuentaba algunos salones literarios, invitada seguramente por su influyente y fiel amigo, Alone.

En los años sesenta existían todavía algunos salones donde gente que apreciaba las letras y la música se juntaban a charlar y compartir sobre sus intereses culturales y artísticos. Unos de los últimos vestigios de esta costumbre, hoy casi desaparecida, eran las tertulias en la casa de la señora Trini Errázuriz de Ossa y de la famosa Lolo Echeverría.

La traductora Estela Lorca, entremedio de sus innumerables viajes, asistía a esas interesantes reuniones y ahí vio un par de veces a la María Carolina Geel. “Nunca conversé yo individualmente con ella, pero en estos salones me encantaba escucharla porque hablaba muy bien, aunque me daba la impresión de una persona de un carácter así como duro de modo, además por lo mismo que había vivido daba la idea de una mujer que había tenido la vida difícil”⁷⁰.

Allí se acercó a muchos escritores y gente de literatura, con la que se juntaba a menudo a conversar de manera más que nada intelectual no de temas muy personales. De esos encuentros, Armando Uribe, relató una anécdota en común que tuvo con otros tres personajes, “Tanto José Miguel Ibañez como Carlos Ruiz Tagle y yo, tuvimos separadamente la misma experiencia estando a solas con María Carolina Geel. Ella fumaba mucho y a cada uno nos pasó lo mismo y lo comentamos años después, que en un momento determinado de la conversación ‘tet a tet’, ella tomaba su cartera del suelo, al lado de ella, la abría y los tres nos echábamos para atrás como si fuera a sacar un revólver y sacaba una cajetilla de cigarrillos para fumar”, relató.

⁷⁰ Entrevista con Estela Lorca, 13 de octubre de 1999.

Este episodio demuestra lo viva que quedó la tragedia en la conciencia de las personas que la rodeaban, aunque inconscientemente quizás, siempre recordarían el aciago suceso.

En el año '61 publicó un nuevo libro, que sin saberlo, sería el último de su carrera como novelista. En "Huida", dedicado a Hernán Díaz Arrieta, la escritora relata la soledad y la angustia existencial experimentada por un grupo de personas que mediante el fino hilo de la casualidad cotidiana mantienen sus vidas ligadas.

Aquí Carolina se luce en el estilo, es dueña del lenguaje y a pesar de que lo enreda en los vericuetos de su imaginario lo que dificulta una fácil lectura, se puede decir que el relato de la trama psicológica se logra.

En el prólogo, hecho por Gonzáles Vera ya se advierte la complejidad del tramado literario, "la autora, además de neologista, asocia las palabras a su manera, por lo cual es difícil leer con rapidez o distraerse"⁷¹.

En esta última novela, se cierra un historial literario perfectamente redondo, que va estrechamente ligada a su propia existencia. En una parte de "Huida", un personaje de la novela, recuerda una frase leída hace años en un libro: "Querer amar es también estar pronto a la muerte", con la que sutilmente cierra el círculo perfecto, que había comenzado allá por el año '46 con la novela "El mundo dormido de Yenia", en la que había impreso en la primera página una frase de Nietzsche, "Amar y desaparecer: he ahí cosas aparejadas desde la eternidad. Querer amar es también estar pronto a la muerte".

⁷¹ María Carolina Geel, "Huida", Santiago, 1961, Editorial Nascimento, pág 12.